

## **CANUTO DELGADO**

### ***EL MÚSICO QUE PERDIÓ EL AUTOBÚS***

Le otorgo el nombre de Canuto, por ser hoy, día 18 de Enero festividad de este santo, cuando empiezo a escribir esta narración. Es cierto el hecho que cuento, pero he de advertirles que está lleno de imaginación y fantasía. Y lo de Delgado, es por su aspecto enjuto y de poca masa corporal. Así pues, ya decidido el nombre con su apellido correspondiente, me ocuparé en presentar, e intentar explicar, una gesta que puede medir su grado de afición por la música.

Canuto Delgado fue un humilde trabajador, que alternaba sus quehaceres con sus dos grandes aficiones: la música y la caza con pájaros de reclamo. Desde niño era componente de la banda de música local. (No sé si tocaba el clarinete o el saxofón) De lo que sí estoy seguro es que no faltaba a ningún ensayo, y mucho menos a los actos en que participaba La Unión Musical en varias localidades cercanas, y en otras bastante lejanas, como en esta ocasión en que lo hacía para animar en la famosa Entrada de Moros y Cristianos en época veraniega.



La Unión Musical había contratado su participación con una Comparsa en un pueblo fronterizo entre las dos provincias colindantes. Estas fiestas normalmente duraban tres o cuatro días, por lo que era necesaria la participación de todos sus componentes. En ocasiones, debido a la dureza de las mismas, las bandas tenían que reforzarse con músicos de otras formaciones vecinas. Como siempre que tenían un compromiso de esta naturaleza, un par de meses antes, la banda realizaba ensayos preparatorios dos días a la semana, en un local habilitado para ello, un viejo teatro en el centro del pueblo.

La víspera de la partida se citaba a todos los músicos con el fin de dar los últimos retoques, y para que cada uno ratificara su compromiso de viajar. La hora de salida será a las once de la mañana. El primer acto sería a las seis de la tarde, así

tendrían tiempo suficiente para organizarse en el local que la comparsa les tendría reservado como cada año: un almacén con literas individuales como las que se utilizaban en el Ejército. Solo tenían que llevar una muda de sábanas cada uno, y alguna manta ligera por si acaso, además de lo necesario para el aseo personal. Aclarados todos los detalles, se termina la reunión, y en pequeños grupos marcharon hacia sus hogares.

En el grupo del que formaba parte Canuto se pusieron a hablar de verderoles y pajareles, que eran los pájaros preferidos de éste, como así demostraba la gran cantidad de ellos que tenía enjaulados en su casa. En plena conversación, uno de ellos, comentó que el otro día, en el Llano de los Pasos, vio como pasaba gran cantidad de ambos en busca de la fuente que hay en el barranco. “En un “ratico” allí se haría una “garba”. “¡Lástima que mañana tengamos que ir a tocar!”. Cerca de su casa se despidió.

Canuto, en el corto recorrido que restaba para llegar a casa, no dejó de pensar en lo de “en un “ratico” se haría una “garba”. Intentó quitarlo de su pensamiento, pero le fue imposible. Cuando entró en su domicilio, como hacía cada noche, se acercó para comprobar que a los pájaros que tenía enjaulados no les faltaba de nada. Aquella fue una fatal decisión. Al ver a los pájaros, no hubo ya otra cosa en su pensamiento que no fuese “el ir “tempranito” al Llano de los Pasos”, y venir con una buena recompensa de piezas cobradas”. Cuando subió a su habitación ya lo tenía decidido: Madrugaría, y al romper el día estaría con sus reclamos en el sitio indicado.

Aquella noche casi no pegó ojo. Lo poco que durmió no le calmó el ansia, ya que lo hizo a intervalos cortos, y cuando despertaba, al haber luna llena, la habitación aparecía como si ya hubiera amanecido, y el resplandor que entraba por la ventana así se lo representaba a él. Ante aquella constante incertidumbre decidió levantarse. Y así lo hizo. Con gran sigilo, para no despertar a sus padres, se vistió. Cogió su bicicleta marca “B. H.”, acondicionó a sus dos pajareles favoritos, y, bajo el claro resplandor de la luna llena, parte en busca de imaginarios trofeos. En ese momento ya no existía para él, ni clarinete, ni saxofón, ni moros ni cristianos, solamente una nube de pájaros en el Llano de los Pasos volando hacia los cebos junto a los reclamos que él ya imagina colocados.

Sabía que la distancia no era mucha, pero aceleró el pedaleo temeroso de que alguien se le adelantara. Todavía no amanecía cuando llegó a su destino. Todo estaba solitario y en silencio. Se tranquilizó y tomó aliento. El esfuerzo había sido duro. Encendió un cigarrillo y esperó. A la llegada del alba comenzó con la colocación de los cebos. Sobre media hora le llevó todo el trabajo. Escondió la bicicleta bajo una tupida encina, y tomó asiento camuflado entre la maleza observando a las jaulas, con los dos pájaros cantores, estratégicamente colocadas. Pronto sus cánticos inundaron el valle, pero hasta el momento no había respuesta. Canuto empezó a impacientarse. Pensó que la noche anterior le habían gastado una pesada broma, y allí no había ni pajareles ni verderoles.

Ya venían a su memoria los moros y cristianos. Las dudas se fraguan en su mente. El arrepentimiento estaba cerca, y la decisión de retirar cebos y jaulas era inminente. De repente los alegres cantos se multiplicaron, y un incesante revuelo cerca de los reclamos, casi le hacen ponerse de pie. El cuerpo no obedeció el impulso de su mente, de haberlo hecho, se hubiese ido todo al traste. En unos segundos se tranquilizó, volviendo al convencimiento que la noche anterior le impulsó a acercarse al Llano de los Pasos.

En unos minutos, el suelo de dos pequeñas encinas se poblaron de pájaros con las alas impregnadas de un viscoso pegamento que les impedía elevarse. ¡Canuto se encontraba en un delirio callado! Minutos después, los pájaros, agotados, dejaron caer sus cuerpos tendidos sobre la seca hierba. Algunos de ellos intentaron alejarse y esconderse entre los matorrales. Era el momento de salir de su escondrijo y recoger sus

presas. Entonces sí que el cuerpo obedeció la orden de su cerebro, y, saco en mano, corrió en busca de su codiciado botín. Los pájaros enjaulados comenzaron a protestar saltando de un lado a otro de la jaula indignados, viendo como el premio que a ellos les pertenecía se lo estaban robando. Pero eso a Canuto no le produjo ningún efecto, y seguía tratando de que ninguno se le escapara. Cuando creyó que ya los había recogido todos, se acercó hasta las jaulas y les dio unos golpecitos como muestra de agradecimiento.

De repente miró a lo alto viendo que el Sol ya había avanzado bastante hacia el Oeste. Un extraño terror le hizo mirar su reloj. ¡Eran las diez y el autobús salía a las once! A toda prisa lo recogió todo y se dispuso a ponerlo sobre la bicicleta. Tanta fue la prisa, que en lugar de dirigirse en la dirección en que se encontraba ésta, se fue en sentido contrario. Pasados unos minutos, y en vista de que no la encontraba, se paró para orientarse de nuevo. Momentos después ya la tenía localizada. Rápidamente se puso en marcha creyendo que, como la pendiente era favorable, tendría tiempo de recoger su equipaje y llegar al autobús antes de que saliera. Pero una cosa era lo que el creía, y otra lo que sería la realidad.



Cuando parecía que el horario lo tenía controlado, vino lo imprevisto: Tan solo distaba dos kilómetros más o menos de su domicilio, cuando un pinchazo en la rueda trasera de la bicicleta le obligó a detenerse. En ese instante se dio por vencido. Cogió su bicicleta del manillar, y con paso ligero, pero sin prisa, se encaminó hacia su casa, donde su madre, que ya había comprobado los motivos de su ausencia tan temprana, esperaba inquieta su presencia con el equipaje preparado.

Ya habían tocado las once en el reloj de la torre, cuando Canuto apareció ante los ojos de su angustiada madre. Al entrar lo vio todo preparado, y después de darle una rápida explicación de lo ocurrido, subió al cuarto de baño con la intención de asearse, pero de repente, volvió a bajar y se puso a solucionar el inoportuno pinchazo. El orgullo y su afición a la música le hicieron tomar una decisión bastante temerosa: ¡Iría en la bicicleta a reunirse con la banda! Con hábil destreza solucionó el problema de la rueda. Se notaba que no era la primera vez que lo hacía. Inmediatamente se volcó en atender a sus pájaros que momentáneamente había dejado en el suelo. Los de reclamo los dejó en su sitio habitual prendidas en la pared sus jaulas. Las piezas cobradas seguían en el saco. Unas ya habían muerto, pero todavía quedaban algunas con vida. Las limpió lo mejor que pudo del viscoso pegamento, y las fue colocando en diversas jaulas que tenía vacías para tal fin. Los muertos a la cocina. Y así concluyó su tarea.

Cuando su madre se disponía a retirar el equipaje, Canuto le dijo que no lo hiciera. La buena mujer intentó persuadirle de su idea, pero él no le escuchaba. Entonces sí fue directamente al baño y se aseó. Mientras, su madre, intentaba convencerle de nuevo, pero nada pudo hacer. Se doblegó ante la testarudez de su hijo, y, resignada, se dirigió a la cocina a preparar algo de comida para el camino. Cuando le entregó a su hijo el “saquet” de la “berenda” con una fiambarrera repleta de “choricicos”, “tocinito” y cuatro huevos duros, y también medio pan casero, él ya tenía la maleta sobre el soporte trasero de la bicicleta con todo lo necesario. El instrumento, como no cabía en el interior de la pequeña maleta, lo envolvió con la manta colocándolo luego sobre la misma bien sujeto con una fuerte cuerda. La comida la llevaría sobre su espalda, en un cómodo zurrón de piel.

Al terminar todo este protocolo, miró su reloj, ya pasaba de mediodía, eran las doce y diez minutos. El calor empezó a ser notado y pensó que sería mejor comer en casa y dormir un rato. Sabía que por mucho que corriera, si salía a esa hora, no llegaría antes de las seis de la tarde, que era la hora fijada para el primer pasacalle. Tomada la decisión, se dirige a su madre que en silencio le contemplaba, para comunicarle su intención de comer y descansar un rato. Cuando escuchó estas palabras, la todavía nerviosa ama de casa, creyó que Canuto había, por fin, renunciado a tan descabellada idea. Pronto salió de su error, ya que a continuación el cumplidor músico le dijo con firme palabra y convicción que la marcha sería cuando el calor no fuese tan intenso. Y ya no se habló más.

La siesta se prolongó más de lo deseado por Canuto. A su madre, esto le complacía enormemente, ya que todavía creía que al no haberle indicado una hora determinada para despertarle, si se le echaba la noche encima, quizá él solo desistiera de la arriesgada decisión. Pero no fue así. Canuto dio rienda suelta a su agotado cuerpo. La noche anterior había sido una pelea constante entre sus párpados entregados al sueño, y su pensamiento girando en torno a la conversación mantenida con sus compañeros, de regreso a sus hogares después del ensayo, aún así despertó a tiempo.

Sería sobre las seis de la tarde cuando salía de casa, sin querer escuchar los últimos lamentos de su madre. Montado en su resistente B. H., cargado con todo lo necesario, se dirigió a la carretera para unirse a sus compañeros en aquel alejado pueblo fronterizo, que a esa hora ya estarían desfilando con la comparsa en el primer acto de los festejos. El pensarlo le encolerizaba, y al mismo tiempo le daba fuerzas para realizar la larga gesta que había comenzado en esa calurosa tarde de verano.

Cuando llegó a la carretera, dejando el pueblo tras de sí, dio un respiro. El sol ya no calentaba lo suficiente como para agotarlo. La gran cantidad de árboles que, en guardia permanente, flanqueaban la carretera, servían de filtro amortiguando el plomizo paso de los rayos solares en aquella época veraniega. Una leve brisa le llenaba los pulmones de oxígeno. Estaba convencido de haber superado lo que él creía más duro de la gesta: no hacer caso de las súplicas de su madre para que abandonara tan descabellada aventura. Y en eso es en lo que al final se convirtió. Eso, y el afán por cumplir la palabra dada la noche anterior, le ayudaban a avanzar por la estrecha carretera local, en busca de la meta con seguridad y coraje de acuerdo con su fuerte carácter.

Cuando llegó a la confluencia, donde convergen la carretera local y la nacional, había una taberna donde decidió descansar al tiempo que tomaba un café. No le llevó más de diez minutos la parada. Totalmente liberado de la presión ejercida por su madre, y de alguna remota duda que en su interior le pudiera influenciar para desistir, se incorporó a la carretera general con alegre pedaleo. A medida que pasaban los

kilómetros, el ritmo del pedaleo se fue amortiguando. En cada tramo, no muy largo, se encontraba con pequeñas rampas, en las cuales, si bien no flaqueaba, sí se tenía que esforzar más, no por su peso, que como sabemos era de poca envergadura. Más éste, unido al equipaje, ya lo notaba. Más nada le haría detenerse. Durante más de dos horas fue avanzando por una sinuosa carretera hasta encontrar un desvío que le conduciría hacia el Sur, dirección que le llevaría hasta su destino. Entonces, en un ensanche de la carretera, tomó de nuevo un respiro. Allí no había bar. Solo estuvo un momento para fumar un cigarrillo de los llamados “Ideales”, y volvió a los pedales.

A medida que avanzaba hacia el Sur, el horizonte se fue cubriendo de negros nubarrones. La húmeda brisa que su rostro recibía, presagiaba una posible tormenta. Empezaba a oscurecer y las amenazantes nubes salían a su encuentro. Lo que antes eran lejanos truenos, ya resonaban sobre su cabeza. Pequeñas gotas salpicaban ya su esforzado cuerpo. Canuto empezó a sentir la soledad ante la llegada de la noche, y en aquellas circunstancias.

Cuando al salir de una pronunciada curva, a la derecha de la carretera, al resplandor de un potente relámpago, seguido de un desgarrador trueno, divisó una pequeña casita en el centro de una explanada. Era una de los centros de abastecimiento para depositar material del que se utilizaba en la conservación de las carreteras. Canuto, ante la adversidad de la climatología, y ya noche cerrada, no dudó, y se dirigió en busca de cobijo al abrigo de un viejo cobertizo cercano a la casita, la cual él creía abandonada. Grande fue su sorpresa al escuchar unos golpes de tos que le hicieron detenerse. Miró a su alrededor, y no vio nada ni a nadie. Penetró en el cobertizo lleno de maderas y utensilios, a la espera de que pasara la tormenta y continuar su camino. Momentos después, de nuevo la tos volvió a escucharse en el corto intervalo que se producía entre los continuos truenos de la tormenta, que entonces se encontraba en el momento de más intensidad. Canuto ya no tuvo duda, esa ronca tos salía de la casita que se convertiría en su salvador albergue. Durante un corto espacio de tiempo, dudó si dirigirse a ella a pedir ayuda, o permanecer allí en el cobertizo.



Lo que en principio era una fresca brisa, se convirtió en frío viento. Bajo su ropa mojada, Canuto sentía como ese frío viento le penetraba hasta los huesos. No lo dudó más, dejó la bicicleta en el cobertizo con todo el equipaje, y cruzó los escasos diez metros que le separaban de la desconocida tos. Cuando se situó ante la puerta, como no tenía aldaba, dio unos fuertes golpes con la mano sobre ella. La recia madera con la que estaba fabricada resonó en el interior del pequeño refugio. La llamada no le extrañó al solitario ocupante. Era frecuente que, en ocasiones de lluvia repentina, como en esta

ocasión, ocurriera eso, bien con algún vecino del cercano pueblo, o, como ahora, la de un solitario viajero, ya que por aquellos años lo normal era desplazarse en moto o en bicicleta fuera del horario de las líneas de autobús. Esa tarde, el último servicio ya hacía más de una hora que había presenciado su paso.

Así, sin esperar a una segunda llamada, Canuto, que bajo la fuerte lluvia ya se sentía empapado, respiró tranquilo al escuchar el rasgar de los cerrojos interiores. La puerta se abrió a los escasos segundos. Un hombre de mediana edad, vestido con un deslucido uniforme, apareció ante sus ojos. Con mirada confiada y acogedora le ofreció la entrada sin hacer preguntas. Canuto entró con rapidez, se disculpó, y le pidió cobijo hasta que cesara la tormenta. El solitario ocupante accedió sin reserva alguna. Después de ofrecerle asiento, y comprobar que la ropa del recién llegado se encontraba mojada, cogió una enorme capa que tenía colgada de un clavo en la pared junto al frío hogar, y, cubriéndose cabeza y cuerpo, salió hacia el cercano cobertizo en busca de leña para encender el fuego que aliviara a Canuto.

Al llegar a él, vio la bicicleta de Canuto con todo el equipaje. Pronto regresó con un buen puñado de maderas viejas y algún tronco seco de árbol. Canuto le dijo que no hacían falta tantas molestias, pero el buen señor le dio la capa al tiempo que le decía que fuera a por la bicicleta si a la mañana siguiente quería encontrarla donde la había dejado. En pocas zancadas cruzó el corto espacio, y en unos minutos entraban, él, y su B. H., cerrando las puertas tras sí. El fuego ya avisaba su presencia, y el calorcillo se hacía notar en la pequeña estancia. El buen señor le preguntó a Canuto si tenía ropa para cambiarse, y así poder secar con más rapidez la que llevaba puesta. Este le indicó que sí. Le encaminó entonces hacia un estrecho espacio tras una puerta que le servía de dormitorio cuando algún día necesitaba hacer noche allí, ya que, si bien tenía vivienda en el pueblo, como quiera que fuera soltero, la noche que le apetecía la pasaba en aquel recinto.

Cuando Canuto cogió la maleta para cambiarse de ropa, dejó al descubierto su instrumento musical. Silvano, que así dijo llamarse el acogedor solterón, al verlo, pensó que sería uno de esos músicos errantes, o un titiritero, que van de pueblo en pueblo, haciendo sonar con ruidosas notas un viejo instrumento desafinado, para ganarse el sustento en su solitaria vida nómada. Pronto salió de esa errónea conjetura al ver aparecer a Canuto saliendo del estrecho recinto con su uniforme de músico. Con esta visión, y las explicaciones que fue dándole mientras ponía su mojada ropa a secar, Silvano quedó convencido de su error. Canuto tomó asiento frente a la ya fogosa lumbre.

Cada minuto que pasaba escuchando su aventura, el solitario habitante de aquel refugio, aficionado también a la música, empezó a sentir afecto por Canuto. Entre ellos se fue afianzando una muestra de confianza que les llevaría a pasar una larga y animada velada. Bien entrada la noche, la tormenta había cesado. El astro noctívago iluminaba con todo su esplendor la húmeda noche. Canuto quiso darle las gracias al bueno de Silvano al tiempo que recogía su ropa ya seca, pero el solitario casero se lo impidió, negándose a que saliera en plena noche, advirtiéndole de que la tormenta podía repetir, y hasta el próximo pueblo no había otro sitio donde poder refugiarse.

Canuto no necesitó de más razonamientos para convencerse. Sentado quedó frente al fuego mirando el montón de rojizas brasas en que se habían convertido las viejas maderas, y los secos leños. Era el momento ideal para depositar sobre ellos parte del contenido de la fiambarrera que su madre preparó repleta de “choricicos” y “tocinito”. Fueron unos minutos de silencio, en los que también Silvano pensó que sería hora de tomar algo antes de retirarse a descansar. El problema era que él andaba corto de comida. Mientras reflexionaba qué podía hacer, Canuto ya había ido a por su zurrón

portador de sus viandas, acercó una pequeña mesa, y fue depositando sobre ella parte del contenido del interior de la fiambra, así como el trozo de pan casero.

Silvano, al contemplar todo el contenido de la nómada despensa, iluminó su mirada, y, levantándose con rapidez, se dirigió hacia un rincón del pequeño albergue donde había un armario que servía de despensa, pero que él lo utilizaba más como bodega, donde no faltaban nunca unas cuantas botellas de vino tinto cosechado en aquella comarca. A Canuto también se le alegró su enjuto rostro. Depositó, sobre las fogosas brasas, más de la mitad de lo que su madre le había preparado para todas las fiestas. Silvano, por su parte, destapó con gran habilidad la botella de vino tinto, llenando dos vasos que también había traído del armario y rompían la estética de todo su reducido entorno, ya que, para el servicio que tenían que desempeñar, eran excesivamente grandes, más bien parecían jarras que simples vasos. Pero ellos no estaban allí para medir las cosas, si no para comer y beber, y, por lo que se apreciaba, esa noche no pasarían sed ni hambre.



Ya estaban, a mitad de cenar, cuando se escuchó el sonido de unos lejanos truenos anunciando una nueva tormenta. Silvano, presagiando que la velada sería larga, salió de nuevo en busca del cobertizo para traer más leña, y avivar el fuego que ya decaía. Mientras éste depositaba el sólido combustible sobre las amortecidas brasas, Canuto, que ya se sentía cómodo ante su acogedor casero, derramaba en los voluminosos vasos el poco líquido que quedaba en la botella. Silvano, cuando dejó de atender al ya avivado fuego, se sentó de nuevo para continuar dando buena cuenta de lo que para él era un exquisito manjar. Al instante se dio cuenta de que la botella estaba vacía. Apuró lo que tenía en su vaso, y se dirigió de nuevo hacia su improvisada bodega del pequeño armario para volver con una nueva botella. Canuto quiso convencerle de que no la abriera, ya que empezaba a notar sobre sus nalgas unos pinchazos que le hacían sentirse incómodo sobre la dura silla con el asiento de madera. Pero el alegre solterón no le hizo caso. Estaba cenando como en tiempos no lo había hecho, y también quería gozar de una interesante compañía. De nuevo llenó los vasos, y siguieron hablando, comiendo, y bebiendo.

Canuto, a falta de un cojín, se había colocado sobre el duro asiento de su silla, la manta que traía en la bicicleta, con el propósito de que su trasero no se castigara más de lo que ya lo había hecho. De momento hizo el efecto deseado, lo que le animó a seguir la improvisada velada. Ya, la segunda botella menguada en su contenido, empezó a surgir su efecto. Canuto se levantó, cogió su instrumento, que seguía encima de la

maleta, y comenzó a tocar una pausada marcha morisca, para continuar luego con otra más alegre del bando cristiano.

Los efectos del vino salieron al encuentro de los alegres compases entonados por el valiente músico. Silvano, cogió una seca rama que todavía no había sido devorada por el fuego, que tenía forma de cimitarra árabe, y, separando hacia un lado la pequeña mesa para dejar espacio libre, se enfundó un viejo gorro de lana en su ya canosa azotea, y empezó a evolucionar como si estuviera al frente de una comparsa en pleno desfile de una ciudad en fiestas.

Canuto fue alternando todo el repertorio ensayado durante los dos últimos meses, hasta que, agotado, dejó de tocar. Ambos se sentaron de nuevo sobre las duras sillas. Canuto solo permaneció sentado breves instantes. Sus posaderas empezaron a recordarle que estaban allí, y que él, momentáneamente, las había olvidado el tiempo que permaneció de pie deleitando a su desconocido benefactor. Sentía fuertes pinchazos. Era como si todo el calor de la lumbre se hubiera concentrado en sus delgadas nalgas. El cansancio se había apoderado de ellos y decidieron que era el momento de retirarse a descansar. Como solo había una pequeña cama, Canuto se acomodó en su manta no lejos de la lumbre, ante la mirada de un satisfecho Silvano, que, tras desearle buenas noches, se retiró hacia la pequeña habitación donde el estrecho camastro acogió su agotado cuerpo. Minutos más tarde ambos roncaban plácidamente en la tormentosa noche.

Canuto, a pesar de la incomodidad que le producía su castigado trasero, durmió largo rato. Peor lo pasó el bueno de Silvano. Llevaría una hora con sus plácidos ronquidos, cuando su cabeza empezó a dolerle. El reducido espacio de su dormitorio comenzó a girar entorno de él. En su opaca mirada, fija en la oscuridad, aparecían destellos de blancas y diminutas lucecitas que le producían vértigo. Ante este mal estar, su cuerpo reaccionaba con espontáneos efectos caloríficos, por lo que tuvo que salir a la explanada en más de una ocasión, si bien tuvo la delicadeza de no despertar a su huésped. Solo en la madrugada, en una de las salidas, Canuto se incorporó de su improvisada cama, anduvo unos pocos pasos a la luz de su mechero, cuando vio entrar a Silvano con un puñado de maderas para avivar el débil rescoldo que todavía humeaba, y que serviría para iluminarse en la oscura madrugada, ya que aquel recinto carecía de luz eléctrica.

Cuando las llamas tomaron fuerza, ya se podía ver todo correctamente. Canuto casi no se había movido del lugar donde estaba cuando apareció Silvano con la leña, debido al dolor de su delicado trasero. Vio a aquel sentado en la silla, con la cabeza sin gorro sujeta con ambas manos. Junto al fuego, un cuenco de barro, empezaba a humear. Canuto dedujo que sería algo de café que estaba preparando para calentar el cuerpo antes de iniciar la jornada. Pero no acertó. Lo que contenía el humeante cuenco era una pócima de diferentes hierbas, que en otras ocasiones ya había utilizado con buenos resultados ante idénticos síntomas. Ni el uno ni el otro hizo el menor comentario sobre lo ocurrido la noche anterior.

Canuto echó mano del zurrón para sacar el resto de las viandas, pero el encargado de vigilar el tramo de carretera se lo impidió. Durante la animada cena ya le había explicado a Canuto que ése era su destino, y por eso tenía licencia para ocupar ese recinto. Su estómago no estaba para comida, una buena ración de la humeante pócima es lo que mejor le haría a los dos. Canuto no le contradujo y bebió del vaso casi lleno que éste le ofreció. Eran los mismos vasos que durante la cena habían servido el sabroso tintorro, y que tan malas consecuencias tuvo en las pesadas vísceras de Silvano. El agradecido músico pensó que, en cualquier momento, en el camino, podría comer, ya que en el zurrón todavía quedaba cantidad suficiente para satisfacer a su poco exigente



estómago. Un cubo de fresca agua, recogida durante la lluvia de la noche, sirvió para refrescar su rostro todavía no excesivamente despierto, ya que llevaba dos noches de poco dormir.

Cuando hubo recogido todo el equipaje, vino el momento de la despedida. Un efusivo apretón de manos, y unas agradecidas palabras de Canuto, llenaron de complacencia el demacrado rostro de Silvano.

Ya había amanecido cuando Canuto, montado en su B. H., avanzaba por la todavía húmeda carretera, en dirección a su destino. Sobre los chatos cerros poblados de tupidas esparteras, el sol avanzaba libre de nubes. El valeroso ciclista, apenas había recorrido un par de kilómetros, cuando sus piernas se negaron a pedalear. Las fuertes convulsiones, que su deteriorado trasero trasmitía a todo su cuerpo, le impedían tal movimiento. El desanimado ciclista se detuvo junto a un estrecho sendero, en el que, en una flecha de madera, sujeta por un poste vertical también de madera, se podía leer: "Abrevadero 50 mts." Canuto no se la pensó dos veces y se adentró en él.

Instantes después divisó el indicado abrevadero. Era un grueso tronco vaciado, y lleno de clara agua que recibía de una pobre pero continua fuente, que emergía de entre unas rocas cubiertas de espesos matorrales, y también con unos chopos alrededor que impedían su visión desde la carretera. Rápidamente, dejó la bicicleta apoyada en uno de ellos, se abalanzó sobre la clara agua introduciendo en ella cabeza y manos. Cuando sacó ambas del agua, fue a por una toalla para secarse. El remojón le había aliviado el sofocón, pero lo que necesitaba refrescar era su trasero.



Durante unos segundos dudó de su repentino pensamiento, pero el escozor que sentía en sus nalgas le exigía rapidez. Miró a su alrededor y el tráfico era nulo. Carretera y campo estaban deshabitados. Rápidamente, Canuto, se desnudo de cintura para abajo, y, en cuclillas, metió su trasero en la tranquila agua del discreto abrevadero. El alivio fue inmediato. A pesar de que la posición era incómoda, estaba decidido a aguantar el mayor tiempo posible.

El sol ya calentaba, y él se resistía a sacar el trasero del balsámico placer que aquella fresca agua le producía. Sabía que se perdía el toque de diana, pero podría llegar al pasacalle del mediodía, ya que calculaba en una hora el tiempo que tardaría en llegar a su destino. Hacía estas reflexiones, cuando escuchó el golpear de unos cencerros algo lejanos. A toda prisa se vistió, y decidió comer un poco con el fin de tomar fuerzas para el tramo final. Todavía no había sacado las viandas sobrantes de la pasada noche, cuando un numeroso rebaño de ovejas se precipitó sobre el abrevadero sin notar la presencia de Canuto. Momentos después, llegaba el pastor dando los buenos días a nuestro personaje que ya comía de pie, a la sombra de un árbol, junto a su bicicleta.

Durante unos minutos, las sedientas ovejas, saciaron su sed y se fueron alejando en busca de los escasos pastos. Canuto todavía estuvo un rato más. Cuando se encontró con ánimos para seguir, acopló la húmeda toalla sobre el sillín de la bicicleta, con el

propósito de que le refrescara, y a la vez amortiguara, el roce de sus nalgas sobre el duro asiento de cuero.

Duro se hizo el camino, pero por fin divisó el pueblo. El saber que llegaba a tiempo para el pasacalle, le daba fuerzas a pesar de la rebelión de su trasero, que se negaba al roce con el sillín. Los dos últimos kilómetros los tuvo que hacer, penosamente, de pie sobre los pedales hasta la entrada del pueblo. Con torpe paso, y arrastrando la bicicleta, se dirigió al local que ya conocía de años anteriores, entre la multitud que le miraba con indiferencia. Cuando legó a él, sus compañeros quedaron sorprendidos. Nadie le creía capaz de protagonizar semejante hazaña, aún sabiendo de su gran afición por la música y su alto grado de responsabilidad ante una palabra dada. Pero aquello superaba todo lo imaginado.

Todos se acercaron para preguntarle. Canuto no les respondió. Sobre la primera litera se abalanzó casi sin aliento. El zurrón que llevaba rodó por el suelo. La fiamblera salió despedida derramando todo su contenido. Su rostro, amarillo verdoso, lo decía todo. De su boca solo salieron unas breves y débiles palabras para decir que le dejasen descansar. Era la hora del pasacalle, y ya estaban todos uniformados. En vista de cómo se encontraba el recién llegado, uno de ellos, decidió quedarse a su lado con la conformidad del director, para atenderle en caso de que presentara alguna emergencia.

Cuando todos se hubieron marchado, el voluntarioso compañero quitó la maleta de la bicicleta, dejándola junto a él, con la manta envolviendo el instrumento. Al quedar solos, Canuto, más tranquilo, le contó lo ocurrido la noche anterior. Al principio, el que pronto se convertiría en enfermero accidental, casi lo tomó a risa, pero al comprobar las huesudas y ensangrentadas posaderas, su amago de sonrisas, se transformó en una expresión de asombro y preocupación.

Este, con mucho cuidado, le fue despojando de ropa de cintura para abajo, tapándole con la manta que había protegido el instrumento durante el viaje. Canuto, semiinconsciente, nada decía. Su compañero, algo nervioso, tomó la acertada decisión de salir en busca de una farmacia que había próxima. Cuando entró, rápidamente le explicó al dependiente lo que ocurría. El atento mancebo, le dijo que esperase unos minutos, y le prepararía lo necesario. No pasaron más de diez minutos, cuando apareció por la rebotica acompañada de un anciano sonriente. Este, que resultó el dueño de la farmacia, ya había sido informado por su compañero de todo. Le entregó una pequeña caja de cartón con la medicina, y un papel con las instrucciones para las curas. Cuando quiso pagar, el anciano dueño, no se lo permitió. De su boca solo salieron unas palabras: “¡Todo sea por los Moros y Cristianos!”. Caja en mano, y tras darle las gracias, salió a toda prisa de la farmacia en busca del solitario aventurero. En su corto recorrido escuchaba a lo lejos, los alegres acordes de un conocido pasodoble.

Cuando entró en el almacén-dormitorio, encontró a Canuto lamentándose. Rápidamente leyó el papel con las instrucciones y se puso manos a la obra. Fue en busca de un cubo de agua limpia, y procedió al lavado de las deterioradas nalgas del resignado compañero. Seguidamente, con mano firme, le fue aplicando la oscura pócima preparada en la farmacia. Cubierta toda la herida, la protegió con unas gasas, y, en posición boca abajo, lo cubrió con su manta. Solo faltaba esperar a que la pócima hiciera el efecto deseado. Al poco rato, con el alivio encontrado, y el cansancio acumulado, quedó dormido. El voluntario enfermero, al verlo tranquilo, se ocupó de acondicionar la desnuda itera que se había quedado esperando a Canuto la noche anterior.

Cuando éste despertó, ya estaba bien entrada la tarde, todos estaban esperando que les relatase lo sucedido. Algunos le indicaron que no debía de haberse arriesgado a semejante esfuerzo. Ante esta observación, se sintió algo ofendido, por lo que no fue

muy explícito en el relato de su accidentado viaje. Advirtiéndoles que, cuando regresaran al pueblo, ya les informaría ampliamente de su aventura. Convencidos de que así sería, se dirigió cada cual a su litera, y se fueron equipando para el último acto de ese segundo día de festejos.

El servicial compañero que le había atendido, le trajo comida y un vaso de vino. Canuto al principio lo rechazó, pero su estómago, más relajado, le pedía que lo aceptara. Al intentar incorporarse de la litera, su trasero no le respondió. Tuvo que comer girando su cuerpo hacia un lado. Entonces comprendió la gravedad del problema.

Se dispusieron a marchar todos al acto final de ese día. Todos, excepto el que lo cuidó durante las primeras horas desde su llegada. Canuto no se lo permitió. Ante esa negativa, se vistió rápidamente con la típica chilaba y gorro morisco, saliendo veloz en busca de los demás músicos que ya se encontraban en la calle.



Canuto, al quedar solo, empezó a meditar sobre su situación. Su orgulloso coraje, que durante el camino conservó intacto, se esfumaba, demorándose por momentos. Cuando, de repente, notó que necesitaba ir al servicio. Esto representaba para él una difícil prueba al encontrarse solo. Difícilmente pudo ponerse de pie. Cubriendo su desnudo cuerpo con la manta, intentó avanzar, pero renunció a ello por el dolor. Ante la imperiosa necesidad de llegar al aseo, se puso de cuclillas, y su delgado cuerpo, ayudándose de las manos, avanzó la veintena de metros que le separaban del retrete. Cuando alivió sus necesidades, en lugar de dirigirse a su lejana litera, se desplomó sobre la más cercana al servicio. Dos débiles lámparas alumbraban el recinto en la ya presente noche.

Terminado el acto de esa noche, y tras cenar en un bar, regresaron los músicos para reunirse con el solitario convaleciente. Al entrar, y no verle en el lugar donde le habían dejado, preocupados, avanzaron hacia el interior del alojamiento, cuando, en la última litera, junto a la puerta del lavabo, vieron la manta de Canuto cubriendo su estirado cuerpo inmóvil. Unos pocos cogieron sus instrumentos, y empezó a sonar un alegre pasodoble dedicado a un famoso torero. Dos de ellos, cogieron los flecos de la manta, y, en un rápido impulso, lo despojaron de ella. La escena fue impresionante: El cuerpo de Canuto, tendido boca abajo con el trasero cubierto de grasa, y las nalgas, empapadas del oscuro brebaje balsámico, que ya había empezado a hacer el efecto deseado en nuestro héroe. El, lejos de enfadarse, les dedicó una leve sonrisa, al tiempo que volvían a cubrirlo de nuevo con la manta. Con la ayuda de dos de ellos, se dio la vuelta, notando que las molestias disminuían con el paso de las horas. Por fin pudo sentarse sobre el esponjoso colchón, y empezó a cenar lo que le habían traído del bar. Entre bocado, y trago de vino, reía y hablaba de lo ocurrido la noche anterior con el

hospitalario desconocido, en aquel pequeño refugio junto a la carretera. Poco a poco, fueron cada uno a su litera, a reparar sus agotados cuerpos. Estaban todavía en el ecuador de las fiestas, y había que dosificar las energías. Pocos minutos después, el improvisado múltiple dormitorio, quedó en la oscuridad. A continuación, comenzó el desafinado concierto de ronquidos. Canuto se mantenía despierto, en posición lateral, escuchando los desafinados ronquidos de algunos de sus compañeros, pero al final también cayó en brazos del dulce sueño.

A la mañana siguiente, antes de marchar para protagonizar el toque de diana, el decidido compañero, le aplicó una nueva cura que él recibió con agrado. Los ánimos empezaron a aforar a su rostro. Lentamente Canuto iba mejorando, pero no pudo participar en ningún acto. Así pasaron los días que restaban hasta finalizar las fiestas el domingo al atardecer. Esa tarde de domingo, entre la multitud, un hombre de mediana edad esperaba vigilante el paso de las formaciones musicales para reconocer a nuestro valiente músico. No fue posible. Canuto no salió del acondicionado recinto. Silvano, tampoco recordaba el nombre de la comparsa a la cual se dirigía el responsable muchacho, que le proporcionó una de las noches más agradables de sus últimos años.

Sobre las diez de la noche de ese domingo, el autobús que les llevaría de regreso, con los músicos agotados, abandonaba ese lejano pueblo de tan triste recuerdo para nuestro personaje. Cuando llegó a la explanada, donde se encontraba el salvador refugio, Canuto le pidió al conductor que se detuviera un momento, y así lo hizo. Solo él se apeó del autobús. Como pudo, se acercó a la recia puerta de madera sin aldaba, y dio unos golpes con su mano, tal como había hecho tres noches antes bajo la fuerte lluvia. No obtuvo respuesta, ni escuchó el rasgar de los cerrojos. Miró a través de la pequeña ventana, pero no vio nada. Cabizbajo, y renqueante, regresó al autobús, que, rápidamente, arrancó en busca de sus hogares.

Dos horas más tarde, el autobús, hacia su entrada en la silenciosa plaza del pueblo. Cada cual recogió sus pertenencias y se dirigió hacia sus casas. Antes de marcharse, al director, les comunicó, que, el próximo miércoles, tendrían ensayo, y también cobrarían lo estipulado. Los que se dirigían hacia la parte alta del pueblo, ayudaron a Canuto. Uno, cogió la bicicleta, otro la maleta, y un tercero el instrumento envuelto en la manta. Al llegar a su domicilio abrió la puerta con cuidado para no despertar a sus padres. Dejó el equipaje como bien pudo, y, tras dar las gracias, se despidieron.

Esa noche no se asomó para ver si a sus pájaros les faltaba algo. No tuvo fuerzas para ello. Subió a gatas la escalera, y se metió en la cama. La balsámica pócima, había hecho su efecto, pero él, no quiso forzar sus frágiles nalgas, y prefirió subir en esa posición la empinada escalera. Al día siguiente, intentaría que su forma de andar volviera a la normalidad, para procurar ocultar en lo posible lo sucedido en el accidentado viaje.

A la mañana siguiente, a su madre, no le extrañó que su hijo no se levantase hasta cerca del mediodía. Cada vez que salían a tocar fuera, lo normal es que descansara el día después. Así que la buena señora deshizo el equipaje como de costumbre. Ni siquiera notó en falta el zurrón. Canuto, tal como lo llevaba a la espalda, lo metió en su habitación. En su interior, en lugar de comida, iba la caja de cartón con el resto del oscuro unguento, y las gasas para las curas.

Durante los tres días siguientes, Canuto, se fue curando sin que su madre se apercibiera de ello. La mejoría fue manifiesta, y llegó el día del ensayo y del reparto de

las bien ganadas pesetillas. Canuto dudó si acudir o no a la cita. A medida que se fue acercando la hora se fue animando. Cogió su instrumento y caminó despacio en dirección al viejo teatro. Las molestias casi habían desaparecido. A mitad de camino se fueron agrupando algunos de los que vivían por el barrio alto. Esto le dio más seguridad y confianza. Comentando de todo un poco llegaron al local. Al entrar éstos, ya se encontraban casi todos comentando el viaje. De pronto, al ver aparecer a Canuto entre sus compañeros, todos los allí presentes, irrumpieron en una cerrada ovación. Éste, con gesto emocionado, sonrió, y se dirigió hacia el lugar que tenía asignado. Sin decir palabra se sentó, sacó su instrumento, y empezó a afinar el tono.

El ensayo fue corto. La gente estaba más pendiente de los sobres que del pentagrama. Ante tal expectativa, el maestro, rápidamente dio por finalizado el ensayo. A la llamada del tesorero de la Unión Musical, fue recogiendo cada uno el suyo. Faltaba poco para concluir el reparto, cuando el nombre de Canuto Delgado resonó en el viejo salón. Pausadamente se dirigió hacia la mesa donde el tesorero le esperaba con el sobre en la mano. El silencio se hizo profundo. De repente, otra fuerte ovación se mezcló con el nombre de Canuto, Canuto, Canuto,... como si fuera el acto final de una representación teatral sobre el escenario de aquel viejo teatro. Éste, apenas tuvo fuerzas para dar las gracias. Su emocionada voz, se ahogaba en el océano de los aplausos.

De regreso a su domicilio, en el corto recorrido que quedó solo, vino a su memoria el recuerdo del acogedor solterón, llamado Silvano Escolástico. Al abrir la puerta de su domicilio, se cerró esta historia.

JOSE MARIN TORTOSA  
ENGUERA, FEBRERO 2007.